

mero de almas que con dicha devocion sacára del purgatorio. Cierta dia, arrobada la Santa en un éxtasis amoroso, exclamó: «Cuántas veces la criatura ofrece esta sangre con que ha sido redimida, otras tantas ofrece un don de inapreciable valor, que la será sobreabundantemente recompensado. Más aún: es tan rico semejante don, que el Eterno Padre se cree obligado á su criatura, porque la contempla en su lastimosa miseria que su infinita bondad desea compadecer, y compadeciéndose, comunicarse á ella; y hé aquí cómo esta ofrenda es la causa de que la divina bondad se esté incesantemente comunicando á su criatura.»

«Semejante devocion, dice Lancisio, glorifica y recrea á Dios con la más noble y excelente de todas las ofrendas: pide, ó más bien exige, en cierta manera, la remision de nuestras culpas pasadas, la preservacion de las venideras, la conversion de los pecadores y herejes y el perdon de las penas temporales debidas al pecado: sirve asimismo de accion de gracias por todos los beneficios públicos y particulares, de imprecacion para alcanzar los divinos auxilios, y de remedio efficacísimo contra innumerables necesidades así de vivos como de difuntos.»

SECCION IV.

3.º *Devocion á la Santísima Virgen.*

No pocos desean saber cuánta debe ser su devocion á nuestra Señora, y qué límites ha de tener su devocion á tan tierna Madre. Llegan á disgustarse cuando oyen decir, que nunca podrán tener bastante devocion á María, que no cabe exceso en semejante práctica piadosa, y que no tiene límite su amor hacia dicha Señora. Esta respuesta, aunque exacta, no les satisface; la creen una especie de exageracion piadosa, verdadera en cierto sentido, pero nó una contestacion adecuada á su pregunta, una solucion cumplida á su dificultad. Parece que nada tendrían que oponer, si se les hablase de esta manera: «Amad á María como la amó Jesus; profesadla tanta devocion como Jesus desea que la profeseis, y pedidle sin escrúpulo semejante devocion, conforme á su divina voluntad.» No es posible conocer á Jesus y mucho ménos amarle, si no abrigamos una tierna devocion á María: es imposible concebir una devocion hácia esta Señora, que sea más eficaz para mover el Corazon de Jesus á que escuche nuestras plegarias, como la devocion de oblacion, la cual consiste en ofrecer al Hijo aquellas gracias con que la enriqueciera como á su Madre querida; aquellos actos de amor con que la adornara la Beatísima Trinidad cual á trofeo

escogido de infinita compasion, y aquellos misterios con que Ella correspondió y mereció tan incomparablemente durante su vida mortal. María se halla tan estrechamente ligada á la gloria divina, que todo acto de homenaje que se la tributa, es un verdadero acto de amor de Dios. María es el más rico interés de Jesus; y así es que no hay cosa en el mundo á que Él profese tanta estimacion, como á la defensa y propagacion de su honor. Si el Sacratísimo Corazon de Jesus se ve misericordiosamente empeñado en la salvacion de las almas, á María ha elegido como á refugio de pecadores y abogada de las almas: si todas las obras de Dios cantan su gloria, y cuando contempló la tierra que criara fué movido á bendecirla, declarándola muy buena, al propio tiempo que las estrellas de la mañana entonaban á coro dulces cánticos de júbilo y los Ángeles saltaban de regocijo; ¡cuánto más dulce y armoniosa no debe ser la cancion que ahora le están cantando los dones y mercedes de María, manantial purísimo de inspiracion musical para himnos angélicos y humanos! Preciso es, pues, que, por amor á Jesus, adelantemos en el amor á María: la devocion á la Virgen menester es que crezca en nosotros como la gracia, que se fortalezca como el hábito de una virtud, siendo cada vez más fervorosa y tierna hasta la hora en que nuestra Reina y Señora venga á ayudarnos á bien morir, y á sacarnos á salvo del riesgo inminente del juicio.

¡Estamos plenamente convencidos de que nuestra devocion á la Santísima Virgen no es como la posesion de un objeto cualquiera, un libro, por ejemplo, un rosario, que se adquieren con un acto único y de una sola vez? Si sería un error afirmar que Dios nos ha otorgado la virtud de la humildad únicamente para que la conservemos siempre en un mismo sér, no menor error sería asimismo el sostener que la devocion á María no es susceptible de un aumento continuo. Repito, pues, que la devocion á la santísima Virgen debe crecer como una virtud y robustecerse como un hábito; de otra suerte de nada vale, ó mejor dicho, vale ménos que nada, como os lo hará ver una breve reflexion. El amor de María no es más que una forma del amor de Jesus, y consiguientemente, debiendo aumentar el amor al Hijo, menester es que crezca también el amor á la Madre. Si alguno me dijese que no debía mezclar las oraciones á María con las oraciones dirigidas á Jesus, probaría con semejantes expresiones que no tenía una idea verdadera acerca de esta devocion á la Virgen, y que se hallaba á punto de incurrir en peligrosísimo error. El vulgo irreflexivo, no obstante, no pensando en lo que dice, exprésase no raras veces como si fuese cosa de poco más ó ménos separar la devocion á la Madre de la devocion al Hijo: imaginase que la devocion á la Santísima Virgen es una especie de cesion que ha hecho Jesus en favor de María; que el Hijo es una cosa y otra la

Madre, y que la devocion á los dos puede distribuirse entre ambos á proporcion de su dignidad, es decir, casi toda para Jesus y lo que reste para María. Si los que tal dicen comprendiesen la significacion de sus palabras, verían que estaban profiriendo una horrible blasfemia. El amor á María es una parte esencial del amor á Jesus: imaginarse que puedan oponerse los intereses del Hijo y de la Madre, es probar que no conocemos á Jesus, ni la índole de la devocion que se le debe. Si la devocion á María no fuese en sí misma una devocion á Jesus, en ese caso, cuando tributáramos nuestros homenajes á la Madre, defraudáramos á sabiendas en algo al Hijo, y consiguientemente robaríamos á Dios, lo que es un sacrilegio. Cuando nos aconsejan, pues, esas gentes que moderemos nuestra devocion, que no nos excedamos, ni concedamos demasiado á María, no están rindiendo entónces á Jesus, como ellos se figuran, el honor que le es debido, sino defraudándole algun homenaje para cedérsele á María. Hé aquí, pues, en toda su espantosa desnudez lo vicioso de semejante razonamiento. Cabe error, en efecto, acerca de la *naturalidad* de la devocion á María, pero jamás *exceso* en sus grados. Si el amor á la Madre no fuese un verdadero amor al Hijo; si la devocion á María no fuese una de las devociones que el mismo Jesus designara como la más principal de las devociones hacia su divina Persona, en ese caso, mi teología en consonancia con mi amor

me están diciendo en voz muy alta, que yo no puedo bajo ningun concepto dar cabida á María en mi corazon, pues que no es siquiera capaz de contener adecuadamente á Jesus. ¡Madre dulcísima! ¡cuán poco os conocería si pudiese pensar de Vos tan desfavorablemente! ¡Qué nocion tan ruin y baja tendría formada hasta del mismo Dios! ¡Por qué entónces no me sería lícito creer que la gracia me separaba de Dios, y que los Sacramentos me disponían á obrar y pasarme sin Jesus, así como imaginarme que Vos, Madre mía, os empleábais en todo, ménos en procurar engrandecer el amor de vuestro Hijo hacia mi humilde persona, y en aumentar el que yo profeso á tan grande Majestad?

Ved, pues, qué abundancia de materiales nos ofrece la vida de la Santísima Virgen, para que les presentemos al Eterno en oloroso holocausto. ¿Existe, por ventura, una prueba del amor del Señor á una simple criatura ni á todas las criaturas juntas, que se iguale al privilegio incomparable de su Concepcion immaculada y á la excelsa dignidad de Madre de Dios? Ora recorramos su vida por los sesenta y tres misterios de que se compone, ora la resumamos en lo que llaman los teólogos las tres santificaciones de la Santísima Virgen, á saber: immaculada Concepcion, momento de la Encarnacion y venida del Espíritu Santo en Pentecostés, es lo cierto, que nos provee de innumerables motivos, á cual más dulces y persuasivos

para mover el Sagrado Corazon de Jesus á que nos otorgue todo cuanto le pidamos. Cada uno de los actos que constituyen la vida angelical de nuestra Señora está enteramente lleno de la gracia del Hijo y del amor heroico que la Madre le profesaba; uno solo es más agradable á los ojos de Jesus, que todo el heroismo de los Santos, y procura á Dios una gloria mayor, que todos los servicios juntos de las tres jerarquías celestiales.

La devocion á sus dolores y gozos podria ofrecernos no pocos ejemplos de esto; pero pasando por ahora en silencio la devocion á sus dolores, como más conocida, y de la cual pienso ocuparme en otra obra (1) exclusivamente destinada á este objeto; al presente sólo me propongo hablar de la devocion á sus gozos, que no sin razon podria llamarse la devocion franciscana. Santo Tomás de Cantorbery tenía la piadosa costumbre de rezar el Ave-María siete veces al día en honor de los siete gozos de la Santísima Virgen, á saber: Anunciacion, Visitacion, Natividad, Epifanía, Hallazgo en el Templo, Resurreccion y Ascension. Apareciósele en cierta ocasion nuestra Señora, y le dijo estas palabras: «Tomás, hijo mio, mucho me agrada tu devocion; pero ¿por qué honras solamente los gozos que tuve en la tierra? En lo su-

(1) *El Pié de la Cruz, ó los Dolores de Maria*, publicada en 1857.

cesivo, es mi voluntad, que honres igualmente los gozos que estoy ahora disfrutando en el cielo, porque has de saber que pienso consolar, y colmar de inefables dulzuras, y presentar por fin despues de su muerte á mi Hijo amantísimo, á todo aquél que honre ambos gozos míos.» Sintióse entónces el Santo inundado en una indecible alegría, y exclamó: «¿Y cómo, Madre mia, cómo podré yo hacer semejante cosa, cuando apenas conozco esos vuestros gozos celestiales?» Á lo cual contestó la Santísima Virgen que honrase con siete Ave-Marias los gozos siguientes: su primer gozo, por haberla encumbrado en el cielo la Beatísima Trinidad sobre toda otra criatura: segundo, por haberla ensalzado su virginal pureza sobre todos los Ángeles y Santos: tercero, por verse alumbrados los cielos con el vivísimo resplandor de su gloria: cuarto, por las adoraciones que como á Madre de Dios la estan tributando todos los bienaventurados de la gloria: quinto, por otorgarla su Hijo todo cuanto le pide: sexto, por las innumerables gracias que recibiera viviendo en la tierra, y por la gloria singular que tiene Dios aparejada á sus devotos en el cielo: sétimo, por el aumento continuo de su gloria accidental. Dicese haber compuesto el Santo sobre estos gozos la secuencia, *Gaude flore virginali*, la cual se cantaba en algunas iglesias y es citada en el *Parnasus Marianus* (1). En igual

(1) *Lancis. II*, 51.

práctica se ejercitaba Santa Catalina de Bolonia, persona muy devota de Santo Tomás. Cuenta asimismo el Beato Francisco de la Cruz, que conmemorando un día el Beato Ranulfo los siete gozos que la Madre de Dios tuvo en la tierra, se le apareció esta Señora, y le reveló los mismos siete gozos celestiales que al Santo Arzobispo de Cantorbery, si bien con diferente orden.

Todavía existe otra revelacion hecha al Beato José Herman del Orden Premonstratense, que nos muestra á las claras lo muy agradable que es á la Santísima Virgen esta devocion á sus gozos. Eran en su tiempo tan frecuentes los robos de iglesias, que se vieron los religiosos precisados á designar á un hermano suyo, para que guardase el templo durante la noche. Cúpole varias veces la suerte al siervo de Dios, y semejante oficio le sirvió de pretexto para interrumpir una de sus devociones ordinarias, la cual consistía en rezar cierto número de Ave-Marias en honor de los gozos de esta Señora. Apareciósele entónces la Virgen, no como tenía de costumbre, jóven y hermosa, sino vieja y llena de fealdad. Herman se atrevió á preguntarla el motivo de tal cambio, y la Madre de Dios le contestó:— «Para ti soy vieja y fea. ¿Dónde está ahora tu devocion á mis gozos? ¿dónde aquellas Ave-Marias? ¿dónde, en fin, aquellos ejercicios de piedad en que ántes te empleabas, y con los cuales era yo jóven y agraciada á tus ojos, y tú á los míos? No interrumpas tus devociones bajo pre-

texto de guardar el monasterio, porque Yo soy su mejor guardian.» Advertido Herman con semejante respuesta, tornó de nuevo á sus primeros ejercicios grandemente complacido de saber la suma complacencia que recibia su benditísima Madre con esta devocion á sus gozos. San Pedro Damian refiere asimismo en sus cartas un caso parecido (1). Cierta monje, al pasar por delante del altar de la Santísima Virgen, solía saludarla con la siguiente antifona: «¡Regocijaos, Madre de Dios, Virgen inmaculada! ¡Regocijaos con el gozo que recibisteis del Ángel! ¡Regocijaos, Vos, que disteis á luz al Esplendor de la gloria del Padre! ¡Regocijaos, Madre benditísima! ¡Regocijaos, Virgen Madre de Dios! ¡Regocijaos, Vos, la única Virgen Madre: toda la creacion cante vuestras alabanzas! ¡Madre de la Luz, interceded por nosotros!» Al cruzar un día la Iglesia este siervo de Dios, oyó una voz que salía del altar, y le decía: «Me anuncias gozos, hijo mio, y los gozos serán para tí.»

Pero no es sólo al Señor á quien podemos ofrecer los dolores, gozos, dones, gracias y grandezas de su Madre Santísima, sino que podemos ofrecerlos igualmente á la misma Virgen María. Un día, miéntras Gertrúdis invocaba á esta Señora con aquellas palabras de la Iglesia en la Salve Regina, *Ea, pues, abogada nuestra*, vió á la excelsa Madre de Dios incli-

(1) Lib. 3. Ep. 10.

narse graciosa ante ella. Con semejante demostracion entendi6 la Santa, que cuantas veces llama uno á María con devocion, su abogada, de tal suerte mueve á compasion este nombre dulcísimo sus maternales entrañas, que parece imposible se niegue á otorgarnos todo cuanto la pidamos. Al llegar la misma sierva de Dios á aquellas palabras: *Esos tus ojos misericordiosos*, tocó la Virgen suavemente á su Hijo, y volviéndole hácia la tierra, dijo á la Santa con dulce sonrisa: «Estos son, señalando los ojos de Jesus, aquellos misericordiosísimos ojos míos que puedo Yo volver para salvacion de cuantos me invocan: ojos divinos de los cuales reciben el más rico fruto de salud eterna.» Ent6nces fué cuando el Señor tuvo asimismo la dignacion de enseñar á Gertrudis á invocar á su amorosísima Madre, al ménos una vez por dia, con aquellas palabras: *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*; asegurándola, que así es como atesoraría, para provecho suyo, una consolacion no pequeña para la hora de la muerte.

San Bernardo nos aconseja que ofrezcamos á Dios nuestras oblaciones por manos de María; y aunque el pasaje sea bastante conocido, no debo, sin embargo, omitirle aquí: «Siempre que ofrezcais á Dios, son sus palabras, algun don, acordaos de encomendársele á María, á fin de que vuelva la gracia al Dador de toda gracia por el mismo conducto que llegó á vosotros.

No vayais por eso á creer que no le fuese á Dios posible infundir su gracia, si así lo hubiera querido, sin necesidad de recurrir á ningun acueducto; mas fué voluntad suya proveernos de un canal. Quizá nuestras manos estén todavía llenas de sangre, ó manchadas con la inmundicia de dones impuros. Así, pues, esa pequeña ofrenda que vais á presentar, cuidad, si no quereis sufrir una repulsa, de encomendársela á María, para que ella la ofrezca al Eterno con sus delicadas manos, que son cual lirios blanquísimos, y el Amante de los lirios jamás desechará, como no plantado entre lirios, aquello que se halle en las manos de María (1).» Afirma Lancisio que debemos hacerlo así por dos razones: primera, porque habiendo querido Dios que recibamos sus gracias por María, justo es que le ofrezcamos nuestros dones por manos de María; segunda, porque la oblacion que se ofrece por María, implica la grande estimacion que Dios hace de esta Señora, y que es el origen de todo su honor.

SECCION V.

4.º *Los santos Angeles.*

Tambien la vida bellísima de los Ángeles, primogénitos de Dios, nos abastece asimismo de abundantes materiales para la intercesion; y nuestro Señor

(1) De Aquæducto.

Jesucristo parece que quiere llamar nuestra atencion sobre este punto , cuando en el Padre nuestro nos supplica que digamos : *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. La Escritura nos ofrece no pocas nociones acerca de los Ángeles ; culto que tributan á Dios , ministerios que ejercen para con las otras criaturas , carácter individual de los mismos , como de San Miguel , Gabriel y Rafael ; su muchedumbre y sus nueve coros , con sus nombres respectivos . Algunos teólogos han creído que cada uno de los Ángeles forma una especie distinta , lo que si así fuese , nos daría una idea sublime de la magnificencia divina . Otros , con más apariencia de razon , cuentan veintisiete especies ; tres en cada coro , como tres son los coros en cada jerarquía : todavía este número de especies nos hace formar una idea embelesadora de la corte celestial , si tenemos presente cuán difícil es concebir ninguna otra division específica de criaturas racionales además de la humana y la puramente espiritual . Otros teólogos , últimamente , prescindiendo de la cuestion de especies , enseñan que la gracia de cada uno de los Ángeles es enteramente distinta en excelencia y hermosura de la gracia de los demás . Si esta maravillosa variedad nos asombra y encanta , ¡ qué indecible contentamiento no debe causar en nuestro ánimo la consideracion de las perfecciones y grandezas del culto que Dios está recibiendo en el cielo , mientras nosotros le estamos tributando tan pobres y ruines ado-

raciones acá en la tierra ! Hé aquí por qué Sor Minima de Jesus Nazareno , religiosa carmelita de Vetralla , que vivió en tiempo de la invasion francesa en Italia , y empleó toda su vida en una continua y fervorosa intercesion , solía ofrecer á la divina Majestad el amor del primer coro de Serafines , en reparacion por todos los ultrajes que tan soberana Majestad recibía en el mundo . Provéennos asimismo de ricos materiales para la intercesion la variedad y magnificencia del culto que los diferentes órdenes de Santos rinden al Altísimo en los cielos : gloria y adoracion que están constantemente aumentando á medida que crece el número de adoradores procedentes de la tierra ó purgatorio . Así es como al propio tiempo que satisfacemos nuestro amor , podemos ejercer una eficaz influencia sobre el Sagrado Corazon de Jesus , para que oiga nuestras plegarias .

SECCION VI.

5.º *Las cosas de la tierra.*

Pues si del cielo bajamos á la tierra , aquí encontramos igualmente incienso oloroso de un aroma y fragancia exquisitos con que poder aplacar la justa cólera de Dios , y obtener una respuesta amorosa á nuestras oraciones . Todo cuanto obraron los Santos en los siglos pasados ; los prodigios de la santidad oculta de José , las austeridades secretas del Bautista ,

los fatigosos pasos de los apóstoles por las vías romanas, los tormentos horribles de los mártires, y subiendo al Antiguo Testamento, los raptos de los profetas, la fidelidad de los Macabeos, las maravillas del corazón de David, cortado según la medida del Corazón de Dios, los combates de Josué, la modestia de Moisés, la pureza de José, la sencillez de Jacob, las meditaciones de Isaac, la fe de Abraham, el sacerdocio de Melquisedech, el arca de Noé, la sangre de Abel; las penosas noches y largos días de los novecientos años de Adán, empleados en penitencias fervorosas, heroicas y resignadas (1). Todas estas riquezas podemos ofrecérselas á Dios humilde y confiadamente, como si conservasen la misma frescura y suavidad del primer día. Y no se concibe un método de oración más en armonía con el espíritu de la Iglesia, pues la fórmula más común de sus colectas consiste en implorar las misericordias divinas para el tiempo presente por las misericordias pasadas que el Señor se dignó usar con sus santos y pueblo escogido.

Pero nuestro es asimismo el presente como el pa-

(1) Hé aquí cómo se expresa la Madre Juliana de Norwich, hablando de Adán en sus *Revelaciones del Divino Amor*: «La piedad y compasión del Padre fueron, desde la caída de Adán, su más amada criatura, etc. ¿Por ventura ha dado nunca la Inglaterra católica á la Iglesia de Dios un tesoro tan rico y precioso como las *Revelaciones* de la Madre Juliana, la anacoreta del reinado de Eduardo III? No sin razón puede ser comparada esta sierva del Altísimo con Enrique Suso, y acaso le lleve la palma.

sado. La tierra está produciendo á todas horas frutos exquisitos y sabrosos para la gloria de Dios. Sobre sus montes y collados, en sus valles y llanuras, en el interior del claustro y en medio del mundo, desde el Papa en su palacio hasta el indio convertido en su cabaña, ¡cuántos actos sobrenaturales no se están hoy elevando al trono del Eterno! ¡Cuántos actos de fe, aspiraciones de esperanza, suspiros de caridad y santo dolor! ¡cuántas penitencias y cuántos actos de resignación á la divina Voluntad! ¡Cuántas misas celebradas, y comuniones recibidas, y absoluciones dadas, y extremaunciones administradas, y suaves y silenciosos triunfos alcanzados por las saludables aguas del Bautismo para honra y gloria de la Santísima Trinidad! Pues nuestras son todas nuestras ofrendas: todas las podemos reunir y poner sobre los carbones encendidos de la devoción en el incensario de nuestros corazones, para ofrecérselas al Altísimo en oloroso holocausto. Más aún; las criaturas inferiores alaban incesantemente á Dios, llenando el fin de su creación; los animales del campo, las aves del aire, los peces del mar, los bosques y flores, los vientos y rocío. Cuando dichos seres hieran dulcemente nuestros ojos ú oídos, unamos nuestra voz á la suya, y recreemos con tan deliciosa música y suave melodía á la soberana Majestad del Rey de reyes.

Nuestras son asimismo las obras de la Providencia inefable, desde la creación del mundo hasta la

hora presente; sus inescrutables juicios y su tolerancia para con el pecador, sus palabras, visiones y revelaciones, su especial asistencia á su Iglesia, su visible proteccion á favor del Arca Santa en el Antiguo Testamento y Santa Sede en el Nuevo. Por todas estas misericordias quiere Dios que le pidamos, y tiene la dignacion de procurárnoslas, cual armas aceradas para la armería de la oracion. Ha ido aún más léjos el ingenioso amor de los Santos y personas espirituales. En el fervor de su corazón han ofrecido á Dios todo el homenaje y adoraciones que hubieran podido rendirle las criaturas posibles; se han atrevido á concebir asimismo aquellos tres divinos abismos, poder del Padre, sabiduría del Hijo y amor del Espíritu Santo, arrojando en maravilloso orden y concierto innumerables mundos posibles, y se aventuraron á ofrecer todos estos innumerables sistemas, cual si fuesen un simple acto de amor y súplica de intercesion; ofrecieron igualmente á la justicia y santidad divinas todos los variados y misteriosos sufrimientos del purgatorio que un dia esperan padecer en sí mismos, como bellos en su naturaleza, sagrados en sus terribles funciones y santificados por el contacto con las almas benditas.

SECCION VII.

6.º *Los divinos atributos.*

Pero los Santos y personas espirituales han ido todavía más léjos. *Todas las cosas son de Cristo*, dice San Pablo, *y Cristo es de Dios*. Vieron la desproporcion que existe entre la soberana Majestad del Altísimo y las alabanzas de las criaturas; y por eso cuando querian alcanzar de Dios algun extraordinario favor, le ofrecian sus infinitos atributos, y toda la gloria que le tributan semejantes perfecciones, que son el mismo Dios: imploraban el favor del cielo á nombre de la incomunicable paternidad del Padre, generacion eterna del Hijo y procesion del Espíritu Santo: ofrecian á Dios el conocimiento y amor con que se conoce y se ama á sí mismo, juntamente con la complacencia incomunicable y recíproca que se tienen las tres Divinas Personas; y no sólo observaron que eran oidas sus oraciones, sino que sentian crecer en su espíritu la llama del divino amor más allá de lo que hubieran podido imaginarse, llegando á obtener un convencimiento intimo de que los términos técnicos de los dogmas y definiciones de fe, no eran un mero juego de palabras y sonidos vacíos de sentido, sino centellas de fuego bajadas del cielo.

Es harto difícil que pueda uno contenerse dentro